

LA NATURALEZA CREADA: CONTINGENTE Y NECESARIA

El decir metafísico de Santo Tomás siempre se mueve en un marco teológico, marco que exige al instrumento filosófico que sea verdadero en sí; es decir, fiel a su objeto formal. Recordemos que dicho objeto emerge a partir de la directa experiencia de encuentro de la inteligencia humana con distintos seres concretos simultáneamente sentidos y conocidos. Es allí donde el intelecto racional de un hombre descubre que *hay* entes y a partir de ellos se hace posible inferir que *hay* Ser.

En algunas afirmaciones del Dr. José Ramón Pérez en el “Prólogo” de su libro *Discurso del método medieval*¹ encontramos enunciados elementos que, dada su profundidad, conviene atender por permitir visualizar algunas de las dificultades que hoy impiden comprender el sentido con que, en su momento, se afirmara la diferencia de género entre teología y filosofía, y a la par también su necesaria relación.

Primero observemos que este filósofo expresamente señala que el título de su libro no nos debe llevar a pensar que su contenido se trata de “un esfuerzo post-moderno” con el que se busca superar la modernidad, ni tampoco responde al deseo de lograr “una efectiva creatividad inagotable y sin límite alguno”; después de estas dos negaciones y como punto de partida, agrega, que busca con él señalar el contenido de algo que es “(...) más natural, más común, más simple y como todo lo que es diario y está a la vista no se ve”². Esta situación de “no ver” está fundada en el hecho que la filosofía, a diferencia de los siglos medievales, se encuentra ya, no bajo el ejido de la teología, sino bajo una filosofía autónoma inaugurada por Descartes.

El filósofo argentino juzga como consecuencia que “(...) los modernos, todos hijos y herederos de Descartes dijeron naturalmente que en la Edad Media no había habido filosofía, sino sólo teología (...) ¡oh desgracia del hombre *occidental* y *cristiano*!, su estruendoso divorcio -de fe y razón es- publicitado en todo los más altos foros de la cultura”³. Aquí cabe la pregunta ¿por qué desgracia?, y escuchemos una respuesta que termina, a su vez, en otra pregunta que dice: sin ver el “(...) método formulado claramente por San Anselmo de Cantorbery -siglo XI-, (...) ¿Cómo mostrar lo que el método inaugurado por Descartes -siglo XVII- no posibilita ver de ningún modo?”⁴. Lo que nos advierte José Ramón Pérez es que históricamente se forjó un

¹ José Ramón Pérez, *Discurso del método medieval, Amor y Verdad IV*, Ediciones del Copista, Córdoba, 1997. Recordemos que el Dr. Pérez estudió durante toda su vida filosófica esta cuestión que juzgaba esencial considerar, para evitar mezclas, confusiones y afirmaciones hechas desde y en otro *espíritu epocal*, lo que le permite denunciar las palabras, que permaneciendo las mismas, han adquirido un contenido que no responde al que era el originario.

² *Idem.*, p. 14.

³ *Idem.*, p. 15.

⁴ *Ibidem.*

acontecimiento que posee el carácter de un hecho, ello es: *hay* una filosofía que nace en el interior de la experiencia de fe y nace como filosofía. Pero, luego, también paso a paso, devino un modo de filosofar que llevó a la imposibilidad señalada anteriormente, ocurriendo ahora que no vemos en su carácter de filosofía, y de ninguna otra manera, a lo nacido ya.

El filósofo argentino nos regala una comparación, con la cual expresa de otra manera lo afirmado, así dice: “(...) aquí sucede como con las claves de una caja secreta, por más fuerzas que empeñemos en abrir la puerta, ésta no cede a ninguna violencia emergida de la ignorancia de la clave, -pero si llegamos a ella- se nos brinda con claridad y viveza el tesoro encerrado adentro”⁵. En otras palabras, abrir esa puerta significa usar una clave que, por encontrarse en el orden debido, lo permite. Mientras que todo intento de entrar sin conocer ese orden, se transforma en un intento violento que, en lugar de hacer ver, quita visión o vemos otra cosa en su lugar. En cuanto nuestra época ignora lo que encierra esa clave está oscurecida, cerrada a lo esencial, es decir, a aquello que constituye en todo hombre su fin o sentido último y causa de su felicidad.

Encontrar tal clave significa acabar con esa oscuridad que cierra los caminos, y por ello, con la mirada puesta en nuestra problemática época, nos advierte en forma tajante y en una sola frase “(...) hay que barajar y dar de nuevo”⁶. Nos lanza así al trabajo de mostrar en su realidad, aquello que es esencial, fin y sentido último del caminar humano; e incluso nos señala algunas actitudes para tener en cuenta si se quiere lograr ese barajar que permite dar de nuevo. En otras palabras, se trata de salir de oscuridades como problemáticos planteos sin raíces sostenedoras, idealizaciones sin fin y sin límites, voluntades vacías de toda realidad que limite hasta llegar al punto de concebir una Voluntad de puro Poder, el que, vaciado de la realidad de las múltiples naturalezas, puede decidir qué es lo que éstas deben ser e incluso si deben existir.

¿Cómo se sale de aquí? Salir es posible si dirigimos la mirada a lo real sentido y conocido a través de las distintas capacidades propias de cada ser humano en su devenir. Mirada que hoy

⁵ *Op. cit.*, p. 16.

⁶ *Op. cit.*, cfr. pp. 17 a 19. José Ramón Pérez dice sobre las frases “hay que barajar y dar de nuevo” o “andar en contiendas” –Castellani- que ellas pueden entenderse como que ante el error *callar* o de *un saber a medias*, lo que lleva a fanatismos o resentimientos. Por lo que insiste que el método es “*fides quaerens intellectum*”. El autor aclara que la frase enunciada “barajar es andar en contiendas”; esta última palabra, entre otros contenidos, es usada para decir que callar ante un error no es solución a lo planteado sobre el “ver”, pero para salir del problema no basta “un saber a medias”, el que suele transformar al hombre en un fanático o un resentido, ya sea en el orden de la fe o en el orden de la razón. El filósofo argentino cita a Leonardo Castellani diciendo que “(...) el que no sabe hablar acomodado a su auditorio no es maestro y me atrevo a decir que ni siquiera tiene ciencia profunda y completa”. Y también cita a Santo Tomás en un opúsculo que se ocupa de errores de los griegos, el que dice que “un traductor debe cuidar y resguardar el sentido de las verdades traducidas y adaptar su estilo al genio de la lengua en la cual se expresa”. El filósofo concluye diciendo que para alcanzar “ver” es necesario un método: “*fides quaerens intellectum*”.

es difícil de alcanzar porque el orden entre las distintas ciencias como teología, filosofía, ciencias empírio-métricas o empírio-esquemáticas con sus diferencias, no parece presente. Lo que lleva a no poder visualizar a Aquella Verdad Una, sostén y apoyo de las otras, y sin ello emerge la incertidumbre posibilitando el todo vale en las relaciones humanas.

El Dr. José Ramón Pérez nos muestra en sus escritos la profunda conciencia que tiene sobre el marco teológico que rodea al filosofar de Santo Tomás y sabe que no solo se trata de este filosofar de Tomás, sino también de otros filosofares nacidos en dicho marco. Estas filosofías son verdaderas filosofías y no se confunden con lo teológico. Pero, aun cuando hay aquí dos órdenes genéricamente diferentes, teología y filosofía, es el ya mencionado marco teológico el que encierra la propiedad de proporcionar a la filosofía, hoy y siempre, un *nuevo* brillo en su papel de útil ya que ésta, al reconocerse como *instrumento*, queda lanzada a una relación que va más allá de lo que ella sola hubiera podido alcanzar, como la profundidad de la unidad del hombre, su libertad, su dignidad de persona y sobre todo una comprensión más profunda de porqué desde el ente y siendo éste un principio metafísico, se pueda señalar una relación que lo muestra en su creaturidad.

Étienne Gilson avala lo afirmado al decir: “Por su propia naturaleza, la metafísica y la ética tratan problemas que escapan del todo al tiempo (...) -y agrega dando la razón de lo afirmado, que- Ninguna relación inteligible entre dos términos pertenece para siempre al pasado; cada vez que se la comprende, está en el presente”⁷.

Se trata aquí de “un acto que responde a otro acto y de una existencia que hace eco a otra existencia -es decir, de vidas filosóficas que se van encendiendo entre sí-. En semejante nacimiento espiritual, todo es viejo y nuevo, todo está en el tiempo y fuera del tiempo”⁸.

La afirmación “todo está en el tiempo” implica la realidad que conocemos y llamamos naturaleza o ente según sea el caso. El ente siendo “lo que es” de suyo, expresa elementos necesarios y contingentes, así es posible observar cómo lo contingente penetra profundamente en el ente en cuanto nunca es solo Ser, sino que *tiene* ser, y con ello señala, pero solo señala, al Ser mismo (*Esse*) que fuera del tiempo, libremente, hace ser a su creatura.

Es decir, en dicha experiencia cognoscente la inteligencia humana advierte que la raíz última o causa del ente debe ser sólo Ser, el cual, en cuanto es plenamente el Ser que Es, no requiere o no necesita de otro para serlo; consecuentemente, si el ente es, lo es gratuitamente,

⁷ Étienne Gilson, *El amor a la sabiduría*, Ediciones Rialp, Madrid, 2015, pp. 48-49.

⁸ *Idem*, pp. 68-69; y en pp. 27-28: “De hecho, el tiempo no tiene nada que ver con la verdad. Una verdad nueva puede y debe reemplazar viejos errores, pero no puede reemplazar viejas verdades (...) ella os ahorrará la pesadumbre de ceder ante cualquier otra persona o cosa. La verdad os hará libres; la sumisión a la verdad os hará grandes”.

en función de un Ser que libremente quiere y causa a su criatura; ello a su vez implica que el ente es o será mientras así lo disponga dicha Causa. Pero, aun cuando se puede afirmar que la naturaleza creada pareciera mostrar en sí misma la señal del Creador que la quiso, quiere y querrá por siempre, aunque ello no puede ser demostrado con suficiencia desde el ente; pues, como ya dijimos, lo natural ninguna necesidad puede imponer al acto gratuito de crear, por lo cual dicha naturaleza fue, es y será contingente en cuanto pudo, puede o podrá no ser nada.

Llegados aquí, si en el ente tal es su contingencia, ¿cómo es posible, que hablemos de necesidad en el?, o, si depende en tal grado de Dios, ¿dónde está su solidez o consistencia?, ¿acaso ello no señala una absoluta maleabilidad en manos de tal Dios? Además, si la dependencia de Dios es tan absoluta, ¿hasta qué punto podemos hablar de hombres verdaderamente libres, es decir, dueños o responsables de sí y por lo mismo, capaces de accionar con operaciones que le son propias? Es en estos puntos donde el carácter del instrumento metafísico se vuelve imprescindible para resolver éstas y otras cuestiones que atañen al mismo contenido que encierra el título de este trabajo, donde se afirma la presencia de la naturaleza creada y se la reconoce contingente y necesaria. Ello, a simple vista, pareciera ser el enunciado de una evidente contradicción en el orden de lo natural, pues, ambos contenidos se excluyen mutuamente.

Es decir, la cuestión que nos ocupa, latente en distintos planteos expresados por teólogos-filosofantes anteriores y también contemporáneos de Santo Tomás, hizo que este último observara cómo, al concebir la naturaleza en estrecha relación con un Dios Creador, algunos de ellos optaran por disminuirla no sólo en su actualidad ontológica, sino que, atendiendo a distintas maneras de concebirla, le quitaron la propiedad de las operaciones que efectuaban, según sean las diversas potencias o facultades naturales. Estimamos que Tomás, al conocer lo que afirmaban respecto a este tema, advirtió en qué sentido podían ser consideradas verdaderas o no según sea el caso; y mientras observaba las dificultades que esos planteos encerraban, era consciente en qué punto o por qué esas dificultades se habían originado.

Ahora bien, Santo Tomás era, como todo cristiano, conocedor de que en una naturaleza que es creada, todo lo que ella es se lo debe a Dios; a la par sabía que ello no significaba disminuirla en su ser. El Santo ha insistido una y otra vez, con distintos argumentos, que todas estas disminuciones ontológicas de la naturaleza hacen no sólo perder el esplendor de la misma, sino que de algún modo reducen, a nuestros ojos, el esplendor de la bondad de Dios manifiesta en la obra creada por Él. Por ello nos decía: “Rebajar la perfección de la criatura es rebajar a la vez la perfección de la virtud divina. Mas, si ninguna criatura tiene acción alguna para producir un

efecto, se rebaja en demasía su perfección pues es característico que de la abundancia de su perfección pueda uno comunicársela a otro. Por lo tanto, tal opinión rebaja la virtud divina”⁹.

La fuerza de su palabra proviene no sólo de la certeza que trae consigo la fe, don de Dios impreso en su corazón racional, sino también de la profundidad que ha adquirido su concepción del ente, en el interior de la relación fe y razón; en otras palabras, se trata de una metafísica nacida y cuidada¹⁰ como verdadera ciencia metafísica, en umbrales teológicos.

El Santo conoce y expresa lo conocido a través de una noética que, por culminar en el juicio existencial y no en el concepto, le permite aprehender a toda esencia en su *es*, o mejor, conocer el ente significa poder expresarlo como “es algo”; ubicada en este lugar, la inteligencia del hombre advierte que si el ente es concebido desde la sola esencia y por lo mismo como equivalente a esencia, resulta muy difícil evitar algún tipo de reducción; en cambio, si se reconoce el valor del juicio existencial en cuanto permite aprehender un “acto” que es verdadero, pero no reducible a esencia alguna, es decir -en el caso del que nos ocupamos- un acto factible de ser conocido pero no conceptualizable¹¹, se hace posible vislumbrar que, en el mismo ente, la esencia es trascendida en y por ese mismo acto de ser, que le “está haciendo” real. Uno al funcionar como acto y el otro funcionando como potencia se determinan¹² mutuamente en el ente (participación intrínseca: todo lo que implica una esencia, participa de un *esse* que le es propio).

El saber que la esencia no es sólo esencia, sino esencia real por su *esse* constituye un nudo metafísico de un tenor tal, que permite avizorar el carácter de las reducciones del ente ya señaladas, y a la par, dicho acto visualizado o conocido impide a la metafísica transformarse en metafísica abstracta.

Este trasladar, propio de Santo Tomás, todo el cuerpo de la metafísica a este último acto, que es el acto de ser del ente, ha traído claridad a múltiples problemas planteados en dicha ciencia, tales como: la realidad de lo Uno y de lo múltiple, la distinción entre causa eficiente y causa motora o formal, la no equivalencia entre pensar y ser, la unidad de todo ente finito humano y no-humano, que les hace erguirse ante la misma Unidad del Ser Infinito¹³, la específica espiritualidad de la forma-alma del hombre, la propiedad de sus capacidades

⁹ Santo Tomás, *Suma contra los gentiles*, B.A.C., II, L 3, c. 69, Madrid, 1980, pp. 262-263.

¹⁰ El Santo en todo momento centra su interés en el cuidado del orden propio de la Teología y por ello, a su vez, cuida que la filosofía sea verdadera, porque es el único modo que esta última ciencia adquiera validez de instrumento en el marco teológico.

¹¹ Recordemos que inconceptualizable no es igual a incognoscible.

¹² No hay que confundir los caracteres de estas mutuas determinaciones, ni el tipo de relación de acto y potencia en el interior del ente, con la relación de acto y potencia que rige en la substancia en cuanto es substancia.

¹³ Ya no se trata de entes que son sólo sombras o meras manifestaciones de un unívoco Ser, sino que hay seres unos y hay el Ser Uno.

intelectuales y voluntarias que le llevan a ser responsable de un caminar propio en pos de lo verdadero, bueno y bello, entre otras cuestiones; pero sobre todo nos ha brindado una respuesta a la dificultad planteada sobre las reducciones que ha sufrido la naturaleza en distintas concepciones efectuadas de ella.

Además, como conocedor de la primacía del acto de ser sobre la esencia en el interior del ente, el Santo ha quedado habilitado metafísicamente para poder afirmar que la naturaleza creada es absolutamente contingente y, por serlo según un específico modo, no pierde necesidad o actualidad en los distintos órdenes, primeros, segundos y aún fortuitos que esta naturaleza encierra en sí, como propios.

No obstante, la pregunta sigue siendo: ¿cómo es posible afirmar tal cosa, si es un hecho que, si algo es absolutamente contingente, no puede ser necesario? La respuesta está implícitamente dada en los elementos ya enunciados, pero precisemos más lo dicho al respecto. Para ello insistamos en la concepción de la contingencia de Tomás, para comprender cómo puede ser que este aspecto, en él, no niega, ni reduce la necesidad propia de lo natural.

Anteriormente hemos expresado que la naturaleza creada posee el ser como propio y que, sin embargo, no se lo ha dado a sí misma. Este ser poseído desde un Otro que lo crea no implica que la naturaleza sea una necesaria manifestación de ese otro o, mejor, que haya sido creada por una específica necesidad de ese Otro al que llamamos Dios, dado que un Dios revelado como “El que Es”, no necesita de criatura alguna para serlo. Y también, esta naturaleza que no se ha creado a sí misma, nada puede agregarle con su ser a Dios. Y a su vez lo natural, creado por un acto gratuito y no necesario al Creador, está penetrado necesaria y totalmente por la contingencia. Las naturalezas existen sin necesidad y así como no pueden producir su ser, tampoco pueden conservarlo si Dios quisiera no mantenerlas en el ser.

Luego, Dios es causa eficiente de todo lo que su criatura es, en *esse* y esencia; sin el acto creador, ésta no es nada. La dependencia que encierra la naturaleza creada en relación a su Creador es total, Dios la penetra y sostiene en todos sus órdenes, esto es: el del ente, el del sujeto substancial, el de las capacidades, potencias o facultades que según naturaleza le son propias, a lo que se suman sus múltiples operaciones y hasta las determinaciones fortuitas que reciben desde hechos accidentales o de contingencia natural. La estructura total del ente, en todos sus niveles u órdenes, manifiesta estar sellada por tal contingencia o falta de necesidad; ésta en todos sus órdenes no es por sí.

Pero entonces cabe de nuevo la pregunta ¿cómo es posible que el mismo Tomás hable de necesidad en ella?, ¿qué consistencia podría tener, si depende en tal grado de Dios?, o ¿acaso la naturaleza, en cuanto creada, no se muestra totalmente maleable en manos de tal Dios? Y si

la dependencia con Dios es tan absoluta, ¿hasta qué punto cabe decir que el hombre es dueño y responsable de sus actos?, ¿cómo podríamos hablar de libertad en el hombre?

Lo manifiesto en párrafos anteriores expresa, en primer lugar, que este Dios libre es Causa eficiente en cuanto Creador de toda naturaleza y que, por lo mismo, todo lo creado es abarcado íntegramente por Él. Pero esta conclusión no significa que se confunda o que pueda confundirse con ellas, pues Él, como toda causa, está fuera de lo causado; y lo causado en cuanto efecto nunca puede ser causa de sí. En este especial caso Dios es causa del mundo creado, pero su esencia no consiste en ser causa, sino que la esencia-Dios consiste en ser el Acto Mismo de Ser (*Esse*). Por ser tal Acto, inferimos con evidencia que Él no es causa por necesidad, sino porque así lo quiere. Y simultáneamente avizoramos que este Dios-Ser y no-ente, no sólo penetra en su totalidad el mundo de la creaturidad, sin confundirse nunca con ninguno de sus ámbitos naturales, sino que también en este acompañar a sus creaturas expresa la ilimitada y gratuita presencia de su Sabiduría y Querer, es decir, lo natural está siempre sostenido por la infinitud de su Bondad y Amor.

Ahora bien, ¿por qué no hay contradicción en el afirmar que la naturaleza creada simultáneamente es contingente y necesaria? Recordemos que el principio de contradicción emerge en forma manifiesta sólo cuando se afirman dos proposiciones opuestas absolutamente sobre una misma realidad. Pero en este caso no corresponde sostener la presencia de una contradicción, porque ya se dijo que la estructura del ente encierra un acto de ser no justificable por la esencia. Razón por la cual el acto de ser del ente solo puede ser justificado por un acto que sólo sea Ser, es decir, su esencia sea igual a la absoluta plenitud del Ser; en otras palabras, Ser Dios es ser El que Es (*Esse*), y por ser el Ser (*Esse*) puede hacer ser o crear, si así lo quiere. Ese "hace ser" constituye un acto propio de Él y de nadie más; sin dicho acto, la naturaleza no es nada.

Continuando, digamos que "hacer ser" es crear absolutamente al ente, en cuanto implica que el ente no-era y ahora es por este acto de Dios. Cuando afirmamos que la naturaleza creada es absolutamente contingente, dicha afirmación está en estrecha conexión con este acto de "hacer ser" o de crear divino. Ninguna naturaleza se crea a sí misma, por lo que toda naturaleza en su acto de ser o existir depende absolutamente de Dios. La naturaleza vista *desde esta relación con Dios* es absolutamente contingente. Y con ese sentido hablamos del ente, pues, los distintos órdenes del mismo, en todo momento de su devenir, dependen del hecho de haber sido creado y mantenido en el ser conforme al tipo de duración que exija su esencia; mientras Dios, en un único acto creador, quiere y conserva a su criatura en todo lo que implica el devenir operante de la misma.

Pero si no miramos a la naturaleza desde su relación con Dios, sino *en sí misma*, es posible decir sin contradicción, que allí donde se encuentra la raíz de su contingencia, se encuentra la raíz de su necesidad y de toda otra necesidad que encierre, pues el acto de ser del ente, una vez creado, tiene total solidez ontológica, pues no hay menos o más, o, mejor, no hay grados en éste. Cada ente que *es*, lo es plenamente, puesto que, si *es*, no hay lugar por donde pueda penetrar no-ser alguno. Por el acto de ser del ente la esencia misma adquiere una sólida realidad, pues todo lo de esta esencia *es*, existe. Este ente dotado de una raíz tal, que le hace con propiedad “ente”, participa esta raíz (*esse*) en el todo de la esencia que, a su vez, exige como su necesario límite. Este ente nunca podrá ser considerado una débil apariencia de un todo unívoco desde el que se muestra y al que retorna desapareciendo; ni tampoco, en cuanto es naturaleza, como no-dueño de sus movimientos y de sus distintos modos de operar por considerárselo movido y actuado por fuerzas, exteriores e interiores, extrañas a él. Por lo contrario, el ente justifica y expresa la solidez de su ser tanto en sí como en todo su operar.

Luego, Dios no ha creado una débil apariencia de sí mismo, sino que ha creado seres dotados de la propiedad de sí mismos y capacitado para efectuar múltiples operaciones. Además, según sean los distintos tipos de esencia, hay distintos grados de perfección entre ellas, como de realización de aquello que se es en cada uno de los individuos. Es decir, así como el acto de ser al participarse en el interior del ente determina a la esencia haciéndola ser esencia real, así también la esencia determina al ente haciéndole ser el acto de tal esencia y no otra. En otras palabras, el ente es y permanece en su actualidad de ente, por su acto de ser; y, por otra parte, es por la determinación de la esencia que hablamos de un ente acabado o finito, de los distintos tipos de duración que se manifiestan como propias en lo entitativo, de facultades o potencias y de distintas operaciones que le permiten al mundo natural alcanzar una progresiva y manifiesta realización de aquello que se *es*.

En resumen, allí mismo donde se origina la afirmación de una total contingencia en el ente, se origina también la posibilidad de afirmar su sólida necesidad ontológica; esta última es de tal naturaleza que el ente no puede quitarse a sí mismo el ser pues, para que ello suceda, hace falta un acto de todo-poder tan absoluto como lo fue el acto de crear. Sólo Dios, en la medida que no ha creado por necesidad sino libremente o porque así lo quiso, permanece siempre libre de hacer que “lo que es”, no sea. Ahora bien, si detenemos la mirada en la obra creada, en aquello que es y en su permanecer durando temporal o eviternamente sin poder aniquilarse a sí misma, no podemos evitar concluir que la naturaleza íntegra pareciera indicar que Dios la quiso, la quiere y la querrá para siempre, como enunciamos al comenzar este tema.

LA NATURALEZA CREADA: CONTINGENTE Y NECESARIA

El decir metafísico de Santo Tomás siempre se mueve en un marco teológico, marco que exige al instrumento filosófico que sea verdadero en sí; es decir, fiel a su objeto formal, el que emerge a partir de la directa experiencia de encuentro de la inteligencia humana con distintos seres concretos simultáneamente sentidos y conocidos. Es allí donde el intelecto racional de un hombre descubre que *hay* entes y a partir de ellos se hace posible inferir que *hay* Ser.

En algunas afirmaciones del Dr. José Ramón Pérez encontramos enunciados elementos que, dada su profundidad, permiten visualizar algunas de las dificultades que hoy impiden comprender el sentido con que, en su momento, se afirmara la diferencia de género entre teología y filosofía, y a la par también su necesaria relación. Esta situación de “no ver” está fundada en el hecho que la filosofía, a diferencia de los siglos medievales, se encuentra ya, no bajo el ejido de la teología, sino bajo una filosofía autónoma inaugurada por Descartes. Lo que nos advierte el filósofo es que históricamente se forjó un acontecimiento que posee el carácter de un hecho, ello es: *hay* una filosofía que nace en el interior de la experiencia de fe y nace como filosofía.

Blanca del Valle Avellaneda

Licenciada en Filosofía, Universidad Católica de Córdoba; Profesora de Filosofía y Pedagogía, Instituto Católico del Profesorado, Córdoba; Maestra Normal Nacional, Escuela Normal General Belgrano, Salta.

Profesora de Historia de la Filosofía II, de Antropología Filosófica, de Metafísica II, en la Carrera de Licenciatura en Filosofía, Universidad Católica de Córdoba. Profesora de Introducción a la Filosofía, Historia de la Filosofía Antigua, Historia de la Filosofía Medieval, Historia de la Filosofía Contemporánea, Filosofía de la Historia, Problemática Filosófica Contemporánea, Filosofía de la Naturaleza, Cosmología, Metafísica, Antropología Filosófica, Estética, en los Institutos Católicos de Formación Docente de Córdoba. Presentó ponencias y artículos en Jornadas y Congresos Nacionales e Internacionales; publicó artículos en la *Revista de la Asociación Civil de Investigaciones Filosóficas*, Córdoba. Es autora de *Meditación cristiano-metafísica* (2006), Ediciones del Copista, Córdoba; *Meditación acerca de los seres naturales* (2008), Ediciones del Copista, Córdoba; *Meditación acerca del ser humano* (2013), Baissac-Benjamín Editores, Córdoba. Su investigación refiere temas físicos, metafísicos, antropológicos y educativos. Es socia activa de la Asociación Civil de Investigaciones Filosóficas, de Córdoba.